

LÍMITES

LARRY NIVEN

Jamás los hubiera oído si el sistema de sonido no se hubiera ido al cuerno. Y si no hubiera sido una de esas noches frenéticamente atareadas, quizá hubiera podido hacer algo al respecto.

Pero una de las grandes naves de pasajeros chirpsithra iba a partir del Espaciopuerto de Monte Forel al cabo de dos días. El imperio comercial de los chirpsithra ocupa la mayor parte de la Galaxia, y el Sistema Solar no se puede decir que esté situado en el centro. Una horda de pasajeros había llegado con mucha antelación, por miedo a quedarse en tierra. Y la Taberna de Draco estaba atestada.

Yo estaba rebuscando bajo el mostrador, cuando empezó el sonido. Di un respingo. Eran dos voces, alternadamente: un gorjeo monótono y un sonido que hacía vibrar los huesos y recordaba a una tremenda puerta que se abriese incesantemente sobre unas bisagras oxidadas.

Normalmente, lo que se oye en la Taberna de Draco acostumbraba a dejar a la Torre de Babel al nivel de un puro monólogo; y esto era un problema grave antes que se hiciese instalar el sistema de sonido. ¡Imagínense: treinta o cuarenta seres de una docena de especies, incluyendo la humana, todos hablando a la vez, con cualquier timbre y volumen, y con sus aparatos traductores también aullando! Algunas especies, como la srivintish, no hablan con sonidos, pero tampoco se dan cuenta del continuo *escric-escrec* que producen sus espiráculos. Otras cantan; bueno, ellos dicen que eso es cantar y que el canto es un rito religioso..., así que, ¿cómo iba a impedirselos?

La solución era un sistema de amortiguación selectiva, y un equipo de técnicos de sonido para mantener el sistema en perfecto funcionamiento. Puedo permitírmelo; de todas maneras, cobro precios muy altos, aunque sólo sea por la variedad de productos que debo tener en el almacén para servir a cualquier ser que pueda entrar en el local. Pero, a veces, el sistema de amortiguación del sonido falla.

Hallé lo que andaba buscando: un recipiente de doble pared, que hasta entonces jamás había usado, que contenía algo a lo que yo llamaba *kryptonita verde*; y les serví piedrecitas verdes fosforescentes a cuatro alienígenas que estaban metidos en tanques ambientales globulares. Estaban en otras tantas mesas, departiendo con otras cuatro especies distintas. Nunca antes había visto a un cresta rosada; ondeando en el turbio fluido que había dentro del globo transparente, su cresta o aleta dorsal era triangular, de color rosa, frágil como la gasa, e iba desde uno a otro extremo de un cuerpo que parecía el de un gusano aplastado.

Allá entre las mesas reinaba casi el silencio, excepto dentro de las burbujas de sonido que rodeaban a cada mesa. Así que no era un fallo total. Pero cuando regresé tras la barra el sonido continuaba allí.

Traté de ignorarlo. Desde luego no me iba a poner a reparar en ese momento el sistema de sonido. No con algo así como medio centenar de parroquianos, de al menos diez especies distintas, que reclamaban mi atención. Preparé consomé con vodka para cuatro gligs, y unas jarras, del tamaño de dedales, con un fluido helado con una mezcla de amoníaco, para una docena de bichos amarillocromados del tamaño de una petaca de whisky. Y el diálogo continuaba: un gorjeo agudo contra un resonante bajo metálico. Pero lo

que más nervioso me ponía era el modo en que los sonidos parecían estar siempre al borde de tener algún significado.

Finalmente, conecté el traductor. Quizá fuera menos molesto si oía aquello en inglés.

Y oí:

—...dado cuenta de cómo siempre están hablando de límites?

—¿Límites? ¡No le entiendo!

—El límite de la velocidad de la luz. Las resistencias teóricas de los metales, de los cristales, de las aleaciones. Las masas mayores y menores con las cuales un objeto invisible puede ser una estrella de neutrones. El tiempo y costo máximo para que se lleve a cabo un proyecto de investigación. La relación de la superficie con respecto al volumen para el tamaño máximo de un ser de un diseño determinado...

—¡Pero eso es algo con lo que toda raza sapiente se topa!

—Sí, ciertamente hallamos límites. Pero, en el caso de los humanos, los límites es lo primero que buscan.

Así que estaban hablando de los nativos, de nosotros. Eso es algo que los alienígenas hacen a menudo. Sus puntos de vista pueden resultar fascinantes, pero a la larga resultan aburridos. Dejé que el sonido me entrara por un oído y saliera por el otro, mientras buscaba otra docena de jarras de amoníaco y las ponía en la bandeja de Gail junto con un par de cubalibres. Ella fue a servirselos a los pequeños bichos amarillos, que ahora estaban colocados en formación de herradura al borde de su mesa, hablando animadamente con dos sociólogos humanos.

—Es su modo de pensar —dijo una de las voces—. Se ponen unos límites tremendamente complejos los unos a los otros. Categorías profesionales enteras, denominadas los *jueces* y los *abogados*, dedican la totalidad de sus vidas a determinar qué humano ha violado tal o cual límite. Y otra profesión, la de los *políticos*, altera esos límites arbitrariamente.

—No parece muy divertido.

—Pero se ven obligados a jugar ese juego. Debe usted haberse dado cuenta: los límites que hallan en el Universo y los límites que se ponen los unos a los otros tienen el mismo nombre: ley.

Había ya determinado que el gorjeante era el que estaba llevando el peso de la conversación. Muy bien. Ahora, otra cosa: ¿quiénes eran los que hablaban? Dos voces pertenecientes a dos especies radicalmente distintas...

—La comunidad interestelar conoce todos esos límites en diferentes formas.

—¿Los conocemos todos? El principio de Gödel pone un límite a la perfectibilidad de un sistema matemático. ¿A qué especie se le hubiera ocurrido idear una cosa así? A la mía no...

—Ni a la mía tampoco, supongo. Y, sin embargo...

—Los humanos fuerzan sus límites. Es lo primero que hacen al enfrentarse con cualquier problema. Y cuando descubren dónde se hallan los límites, van buscando la información que les falta, hasta que el límite estalla. Y, cuando rompen un límite, buscan el límite que hay más allá.

—Me pregunto si no...

Creí tenerlos localizados. Sólo una de las mesas para dos estaba ocupada, por un chirpsithra y una mujer de aspecto asombrado. No. De quien yo sospechaba era de un trío: uno de los cresta rosada y dos clientes, cuadrados y compactos, que llevaban chillones dibujos en sus exoesqueletos. Los seres de esqueleto externo habían estado fumando cigarrillos de tabaco bajo sendas campanas de humo. Ahora, uno de ellos parecía estar durmiendo. El otro agitaba gruesos brazos, gesticulando mientras hablaba.

Oí:

—He pensado en algo. Mis antepasados salvajes solían morir cuando llegaban a una cierta edad. Cuando ya no pudimos seguir procreando, la evolución acabó para nosotros. Ahora tenemos en nuestro interior un mecanismo de autodestrucción biológico.

—Ocurre lo mismo con los humanos. Pero mi gente nunca muere, a menos que nos maten. Nos fisioamos. Y nuestras memorias se remontan a muy, muy atrás.

—Aunque diferimos en esto, el resultado es el mismo. En algún punto de nuestro oscuro pasado descubrimos que podíamos posponer nuestras muertes. No desarrollamos una civilización hasta que los individuos pudieron vivir lo suficiente como para alcanzar la sabiduría. Nos sacudimos el límite fundamental de nuestros cascarones antes de expandirnos por el mundo, y luego por el Universo. ¿Y acaso no es eso igualmente cierto para la mayoría de las razas que viajan por las estrellas? En la especie de los pfarth un individuo elige la muerte sólo cuando está muy aburrido. Los chirpsithra ya tenían largas vidas antes que llegasen a las estrellas, y los glistith(clic)optok aún fueron más lejos, con su fascinación por los arreglos en la herencia genética...

—¿Acaso le sorprende que los seres sapientes luchen por extender sus vidas?

—¿Sorprenderme? No, pero los humanos aún se enfrentan con un límite en la extensión de su vidas. El límite que es la muerte tiene una inmensa influencia en su poesía. Y quizá piensen de un modo distinto al resto de nosotros en otras cosas. Tal vez hallen verdades que nosotros ni buscamos.

Un rechinar de metal sobre metal que no fue traducido. ¿Una carcajada? Y luego:

—Especula usted de un modo irresponsable. ¿Acaso su forma única de enfrentarse con las cosas les ha hecho saber algo que nosotros desconozcamos?

—¿Y cómo puedo saberlo? Sólo he estado en este mundo tres de los años locales. Sus bibliotecas son muy grandes; sus sistemas de recuperación de la información que contienen, muy malos. Pero ahí está el Principio de Gödel; y el Principio de la Incertidumbre de Heisenberg es un límite a lo que uno puede descubrir al nivel cuántico.

Una pausa.

—Debemos ver si otra especie ha duplicado eso. Mientras tanto, quizá debiera hablar con otro visitante.

—No entiendo. ¿Me lo explica?

—¿Recuerda que le hablé de cierto mercader gligstith(clic)optok?

—Lo recuerdo.

—¿Conoce usted su habilidad en la biología de los mundos acuáticos? Pues éste ha venido a la Tierra con una técnica para mantener y restaurar en los humanos su estado de inicios de la madurez. El tratamiento es muy complejo, pero con suficientes clientes los costos bajarían, o al menos eso dice el mercader. Tengo que persuadirle para que no haga esa oferta a los nativos.

—¡Estoy de acuerdo! ¡Eliminar el límite de la muerte afectaría de un modo drástico la psicología de los humanos!

Uno de los seres con esqueleto externo se estaba levantando. Las voces dejaron de oírse mientras yo daba la vuelta a la barra y me dirigía a la mesa que había seleccionado, sin una clara idea de lo que les iba a decir. Entré en la burbuja de sonido que rodeaba a los dos seres de exoesqueleto y al cresta rosada y dije:

—Perdonen la interrupción, sapientes...

—Está usted uniéndose a un velatorio —dijo el aparato traductor del tanque.

—Mi compañero ha elegido morir —me explicó el ser del esqueleto externo—. Quiso compartir un último cigarro.

Se inclinó, alzó a su compañero muerto en sus brazos y se dirigió hacia la puerta.

El cresta rosada también se marchaba, haciendo rodar su pecera esférica hacia la salida. Y me di cuenta que su voz no había atravesado el turbio fluido del interior. Ni gorjeo, ni un bajo que estremecía los huesos. Me había equivocado de mesa.

Miré en derredor y no encontré a ningún otro par de candidatos. Y, sin embargo, alguien de allí dentro acababa de condenar, como el que no quiere la cosa, a toda la Humanidad (¡y a mí mismo!), a la vejez y a la muerte...

¿Y ahora, qué? Quizá hubiera estado escuchando varias voces. Cuando uno oye a una especie nueva, las voces de todos sus miembros le parecen iguales, y algunos alienígenas jamás se interrumpían los unos a los otros.

¿Los pequeños bichos amarillos? ¡Pero si estaban con unos humanos!

¿Cascarones? Las voces habían mencionado cascarones..., pero hay demasiados alienígenas que tienen exoesqueletos. De acuerdo, un chirpsithra hubiera hablado ya, no saben estarse callados. Así que podía eliminar toda mesa en la que hubiera un chirp. O un cresta rosada. O esos srivintish: hubiera escuchado el *escric-escrec* de su respiración. O el enorme ser gris que parecía estar cantando. Eso dejaba... media docena de mesas, y no podía entrometerme en tantas.

¿No habrían salido mientras yo estaba distraído?

Volví a la carrera tras la barra y escuché, y no oí nada. Y mi mente, que daba muchas vueltas, sólo podía hallar límites.

FIN

Libros Tauro